



BORJA VAZ

**VIAJEROS
DE UN MAR
DE NUBES**

m̄r

BORJA VAZ

VIAJEROS DE UN MAR DE NUBES

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** Y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Borja Vaz, 2021

© Editorial Planeta, S.A., 2021
Martínez Roca, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-270-4850-8
Depósito legal: B. 4.352-2021
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

1

«La flor del desierto». Así se referían los propios habitantes de Mercuria a su ciudad, orgullosos más allá de toda duda. Una urbe magnífica, que se extendía por la falda de una montaña solitaria en medio del paraje semiárido de Kharad, con una fastuosa muralla de alabastro en un contorno que había quedado superado hacía décadas por la irrefrenable llegada de inmigrantes de toda la región, atraídos por la riqueza que parecía manar incesante de sus palacios y mercados. Un símbolo de opulencia que destellaba vigoroso con el sol del mediodía. La gran diócesis de los príncipes mercader, las fortunas más acaudaladas del mundo conocido, y cuyas pugnas mantenían un equilibrio sagrado que había hecho a la ciudad prosperar más que cualquier otra.

Las minas de oro, a sesenta kilómetros al sur de la ciudad, llevaban décadas insuflando vida al imperio comercial de la metrópolis, y cada semana llegaban grandes caravanas a las puertas de la muralla con preciosos cargamentos, custodiados por los más aguerridos que el gremio de mercenarios podía ofrecer. Una vez dentro, el metal se repartía entre el gremio de joyeros, las grandes siderúrgicas monetarias, las oficinas del Gran Bazar, la cámara acorazada del Banco Central de Mercuria y los palacetes de muchos de los príncipes mercader, siempre dispuestos a mantener parte de las reservas bajo su propio techo. El oro había hecho crecer exponencialmente la economía de la ciudad, pero sus habitantes llevaban el comercio en la sangre, y desde su fundación, siglos atrás, habían expandido sus horizontes en todas las direcciones posibles. En el Gran Bazar se reunían mercaderes de todo el mun-

do para ofrecer mercancías de todo tipo, desde especias de las selvas orientales a resinas de Florestia o códices de Monasterium. Una de las costumbres más arraigadas entre los mercurienses era la visita al zoco al término de la jornada para participar de alguna manera en la vibrante actividad del que era, en más sentidos que uno, el corazón palpitante de la urbe. El ajetreo allí era una constante, así como los gritos y los aspavientos de una aristocracia mercante que estudiaba con ahínco los tratos mayoristas que reorganizaban la vida de innumerables ciudadanos.

El gran río Sarasvati era navegable la mayor parte del año, y aunque los muelles se encontraban a unos pocos kilómetros al norte, una carretera adoquinada recorría el trayecto para facilitar el transporte de mercancías desde las grandes naves que ascendían desde la bahía de Zaraum, a cientos de kilómetros al oeste.

En lo más alto de la montaña se encontraba el gran Palacio del Alcalde, símbolo del poderío de Mercuria, una gran estructura de mármol blanco y arenisca roja, un bosque de cúpulas y minarettes que se elevaba con pretensiones hacia el firmamento, y cuya superficie brillaba fluorescente en las noches de luna llena. Las estancias interiores estaban decoradas con jaspe y lapislázuli, y los jardines parecían surgir por doquier en cada recoveco del palacio, regados abundantemente con el agua proveniente de los acuíferos en el interior de la montaña. Cada mes, los príncipes mercader se reunían con el Alcalde para arbitrar distintas disputas comerciales, y a pesar de que Lyra siempre intentaba hacerse la encontradiza, todavía no había tenido la oportunidad de acompañar a su señor como parte de su escolta personal. Mientras paseaba por las calles del Gran Bazar no podía evitar elevar la mirada al portentoso edificio, y a la gran torrepuerto justo detrás, donde amarraban los maravillosos aerobarcos, tan escasos como imponentes.

—¡Ahí estás!

Una voz conocida se elevó por encima del barullo del zoco, haciéndola bajar la mirada de las alturas y volver al momento presente. Kiran, su superior inmediato en el gremio de mercenarios, la esperaba apoyado contra una pared y con una mano inquieta en la empuñadura de la espada. El día se antojaba caluroso, y en vez

del peto reglamentario llevaba una camisa de algodón granate con el cuello desabrochado.

—Buenos días —respondió Lyra, lacónica.

Kiran no dijo nada, sino que la examinó de arriba abajo, quizá pensando que le ponía en mal lugar al cumplir con lo estipulado en las ordenanzas del gremio. A Lyra le pareció verse reflejada en su mirada. Alta, atlética, quizá un tanto espigada y la piel blanca con tonalidades doradas en los días soleados. Llevaba el pelo castaño oscuro en una media melena con tendencia a ondularse que le rozaba los hombros y que se podía recoger con facilidad. A pesar de los años que llevaba patrullando esas calles, Lyra no concebía relajar los estándares. Kiran desenvainó la parte superior de la hoja, comprobó rápidamente el filo y la volvió a meter en la vaina.

—Vamos.

El Gran Bazar bullía de actividad. Los bueyes arrastraban los carromatos con la comida de las granjas del norte, al otro lado del Sarasvati, donde los cultivos crecían más allá de lo que la vista del águila podía alcanzar en la ribera inundable. A pesar de la gran cantidad de alimentos que se ponían a la venta, los tenderos dispondrían de todo el producto en pocas horas. El Gran Bazar abastecía a toda la Ciudad Alta, y los criados de las principales familias se peleaban por obtener los mejores ingredientes para sus respectivas cocinas. Aunque el proceso era tan habitual que todos comprendían lo que estaba permitido en ese contexto, la presencia del gremio de mercenarios hacía maravillas a la hora de mantener la paz, al persuadir a los más impacientes para que preservaran la compostura ante el, a veces, excesivo celo lucrativo de los comerciantes. Pero siempre había alguno a quien había que recordar a la fuerza los usos y costumbres de una sociedad civilizada.

Kiran y Lyra patrullaban despacio por las calles del zoco, haciéndose notar, luciendo sus armas sin reparo, en un ejercicio que habían ensayado tantas veces que les salía como una segunda naturaleza. Incluso así, sin que uno de ellos llevara el peto de cuero reglamentario, su presencia imponía a los transeúntes, que entendían el poder que emanaba de ellos, el brazo armado de los prínci-

pes mercader, garantes de la seguridad y la prosperidad de la gran ciudad.

—Esta noche vamos a corrernos una buena juerga en la taberna de Mayuresh —anunció Kiran mientras vigilaba con la mirada el regateo de un comerciante de especias.

—¿Y con qué motivo? Si puede saberse.

—La promoción de Jaidev. ¿No te has enterado?

—Me quiere sonar —respondió ella intentando hacer memoria—. Lugarteniente primero, ¿no?

—Sí, así es —respondió él asintiendo con la cabeza, complacido.

—Pasadlo bien entonces.

Kiran se volvió hacia ella, extrañado.

—¿No vienes?

—Tampoco le conozco mucho. No solemos coincidir en las calles.

—¿Y eso qué más da? Vamos a ir muchos de la unidad.

—Muchos no son todos.

—Todos los que seguimos viviendo en los cuarteles. Y que yo sepa, tú sigues teniendo ahí tus habitaciones, ¿no?

—Sí.

—Pues eso. No hay más que hablar.

Lyra decidió no seguir discutiendo. Había dormido mal y la perspectiva de ir a beber como animales a la taberna no era lo que había imaginado para esa noche, pero sabía cómo se tomaba los ascensos el resto de la unidad, y si quería mantener su confianza, tenía que participar de los rituales correspondientes. Había pasado más de una década desde su ingreso, y la camaradería que había abrazado en sus inicios se estaba volviendo cada vez más exigente. O eso le parecía a ella.

—¿Cómo están las cosas con Prabhás?

Kiran resopló.

—Ya sabes —le dijo mientras doblaba un recodo para tomar la avenida principal del bazar—. Todo ese asunto de la reapertura de las rutas comerciales a las Ciudades Interiores le trae de cabeza. Los príncipes llevan meses negociando con las compañías del Mar de Nubes, pero no hay manera.

—¿Cuál es el problema?

—El de siempre.

—¿Dinero?

—Pues claro. Piden demasiado los malditos piratas.

Lyra elevó la mirada de forma instintiva a la torrepuerto. Llevaba semanas sin la actividad habitual. Algo había perturbado sobremanera a los capitanes, que habían roto los contratos de transporte de manera unilateral. Los detalles eran escasos y sabía que la información que le había llegado no era fiable. Los rumores se extendían por toda la ciudad. Los había de todos los colores. Desde una misteriosa flota corsaria que hacía estragos en el espacio aéreo que rodeaba la Devastación hasta que todo se debía a una táctica de extorsión para renegociar los estatutos, algo que Kiran parecía creer sin fisuras.

—No sé. Muchas de las compañías tienen fama de serias —adujo ella.

—Y muchas otras no. La verdad es que no entiendo por qué los príncipes se meten en todo ese jaleo.

—¿Qué van a hacer si no?

—Fundar su propia armada. Tienen fondos suficientes.

—No creo que sea tan sencillo.

—Me imagino que no, porque si no ya lo habrían hecho. Pero no se puede mantener a la economía de todo Kharad rehén de cuatro facinerosos con ínfulas. Tarde o temprano, las cosas tienen que cambiar porque no podemos seguir así por más tiempo.

—Bueno. Las cosas no están tan mal. Todavía tenemos las rutas por mar y tierra.

—No es lo mismo.

—No. Supongo que no.

Lyra no tenía la más remota idea de cómo funcionaban los aerobarcos. La discreción de los capitanes a ese respecto era legendaria, y más de uno había optado por la muerte antes que desvelar sus secretos. Sospechaba, como muchos otros, que la magia tenía que estar involucrada de alguna forma, pero el Mar de Nubes escapaba a la jurisdicción de la orden de taumaturgos, y ninguno de los tripulantes que había visto en su vida encajaba ni en la descripción más amplia de los dominios arcanos.

Unos gritos la sacaron de su ensimismamiento. Kiran miró en derredor tratando de identificar la fuente, y se llevó de manera instintiva la mano a la empuñadura de la espada. Lyra vio cómo los viandantes se agolpaban en un puesto a quince metros, le tocó en el hombro a su superior y le hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos.

Kiran asintió y avanzaron con paso rápido. Los gritos se hacían cada vez más fuertes, pero conforme se acercaban pudieron oír con más claridad el sonido de baratijas entrechocando. Algunos de los congregados en torno al puesto estaban jaleando y caldeando el ambiente, quizá sin saber muy bien qué estaba sucediendo.

—Paso. Haceos a un lado.

La voz de Kiran obligaba al respeto por sí misma, y los visitantes del Gran Bazar se apartaron para dejarle pasar sin siquiera darse la vuelta para ver la insignia del gremio. Lyra aprovechó para observar a todo el mundo, tratando de evaluar posibles amenazas.

Cuando llegaron frente al puesto, se encontraron con una escena poco habitual. Un mago de Florestia, con la túnica habitual de la orden de taumaturgos, se inclinaba, con un claro ademán amenazador, sobre la mesa de madera de un vendedor de ingredientes alquímicos.

—Te voy a dar un minuto más para que lo reconsideres, puerco. O me devuelves el dinero que te di ayer por esta bazofia o...

—¿O qué? —terminó Harshad por él—. ¿Qué piensas hacerme? Dilo bien alto para que todo el mundo te oiga, brujo.

Al mago no le hizo ninguna gracia el apelativo, y con los labios apretados se inclinó hacia delante y agarró al dependiente por la pechera con tanta fuerza que lo derribó sobre la mesa, arrojando varias figuras y cachivaches al suelo.

—Si quieres, lo descubrimos juntos.

La gente que se había reunido alrededor exclamó al unísono su asombro y su protesta. Harshad alzó los ojos al cielo con gesto aterrado y vio por primera vez a Kiran y Lyra.

—¡Ayuda! —gritó con desesperación fingida—. Este animal me quiere matar.

—Me imagino que tiene sus razones —murmuró Kiran entre dientes antes de poner una mano sobre el hombro del mago.

El taumaturgo se quitó de encima a Kiran con un gesto brusco y se apartó lo suficiente para poder estudiarles. Lyra se sorprendió al ver lo joven que era, puede que más que ella. Los pocos miembros de la orden que había visto en Mercuria eran personal de la embajada, y casi todos estaban entrados en años. No creía recordar que ninguno hubiera expresado nunca mucho interés en visitar el zoco. Normalmente se limitaban a despachar con los príncipes en sus palacios, lejos de miradas indiscretas, y lejos de confraternizar con el populacho, entre los que incluían a los residentes de la Ciudad Alta. Mercuria no tenía nada que ver con Florestia, y todos los magos que se había encontrado parecían tener esculpida en el rostro cierta petulancia.

—¿Y quién se supone que sois vosotros? —inquirió el joven.

Kiran frunció el ceño. Lyra sabía que no soportaba que nadie, ni aunque fuera por accidente, cuestionara su autoridad. Aunque fuera por error o, como en este caso, viniera de un forastero y, por lo tanto, fuera más o menos disculpable.

—La ley y el orden, mago.

—¡Kiran! —exclamó Harshad mientras se incorporaba tratando de no tirar más cosas al suelo—. ¡Llévate a este matón al calabozo!

—Cállate.

El mago les miraba con aprensión, evaluando sus armas y tratando de encontrar respuesta a cuestiones que parecían obvias a todos los demás. Lyra decidió intervenir.

—No eres de aquí, ¿verdad?

El mago la miró sorprendido, pero no respondió.

—Quizá por eso no has identificado nuestras insignias. Somos del gremio de mercenarios y nos encargamos, entre otras cosas, de que los negocios del Gran Bazar se lleven a cabo sin sobresaltos. En Mercuria el regateo es bienvenido. No así la extorsión.

—¿Extorsión? ¿Yo? —preguntó abriendo mucho los ojos—. Si ha sido este reptil el que me ha intentado engañar.

—¡Mentira!

Kiran lanzó una severa mirada al dependiente. No iba a permitir más impertinencias por su parte.

—¿Puedes explicarnos qué ha pasado exactamente? —preguntó Lyra en un tono conciliador.

—No tengo por qué hacerlo. Todo el mundo lo ha visto. Me vendió ayer un incienso de fresno que es una auténtica basura y quiero que me devuelva el dinero.

Al corro de personas que les rodeaba se le habían sumado muchos comerciantes de los puestos vecinos, y la exigencia del mago fue recibida con un sonoro abucheo. Lyra sabía demasiado bien que no sentían ninguna simpatía por Harshad, pero cuando se trataba de cuestiones dinerarias como esa, siempre reaccionaban de la misma manera. El Sindicato del Gran Bazar podía tener las mismas luchas intestinas que tenían los príncipes mercader en las altas instancias, pero era un frente unido de puertas afuera, resuelto a defender sus intereses a toda costa.

—¿Dónde está el incienso?

El mago señaló una bolsa de tela en una esquina de la mesa. Kiran la abrió e inspeccionó su contenido.

—Parece que todo está en orden.

—¡Pues claro que lo está! —gritó Harshad airado.

Lyra se volvió hacia el mago.

—Sin un desperfecto grave en el producto adquirido no se puede solicitar una devolución del precio. Sin embargo, si tiene motivo, puede elevar una queja formal al tribunal de arbitraje del bazar, que mediará en su caso a la mayor brevedad posible.

—¿Qué? —El mago parecía incrédulo—. No voy a hacer ninguna cosa parecida. El asunto es muy sencillo. Le pedí incienso de fresno para uso alquímico y me vendió un sucedáneo de medio pelo. Quiero el dinero que pagué por él ahora mismo. Y ya está.

El corro de personas se acercaba más y más al puesto, jaleando. La situación se calentaba aún más por momentos.

—Señor, haga el favor de ir por los canales ordinarios, donde podrá argumentar su caso.

—Que no voy a hacer eso, narices. Tiene allí mismo el dinero que le di ayer.

Kiran avanzó hasta ponerse a su altura y cruzó los brazos. Aunque el mago no era especialmente bajo, el mercenario le rebasaba

más de una cabeza, y la diferencia era notable. Casi siempre conseguía el efecto disuasorio que buscaba. Pero no en aquella ocasión.

El mago le apartó de un empujón, corrió hasta la esquina de la mesa donde estaba la bolsa de incienso, la cogió y se la arrojó a Harshad a la cara. Una polvareda gris se extendió por el puesto, el vendedor gritó como si le hubieran golpeado y la muchedumbre respondió con una exclamación ensordecedora. Cuando el mago saltó sobre la mesa para coger su dinero por las bravas, Lyra se movió con rapidez para intervenir su trayectoria. Le pegó una patada certera en las corvas y utilizó su cuerpo para arrojarlo sobre la mesa y retorcerle el brazo derecho detrás de la espalda.

—Kiran, comprueba que el idiota está bien. Yo me llevo a este cretino al cuartel antes de que la cosa vaya a más.

El mercenario se había quedado paralizado después del empujón, y había contemplado toda la escena en la misma línea que el corro de curiosos, incapaz de reaccionar. El mago le había pillado por sorpresa y, visto lo visto, quizá tenía que bendecir su buena fortuna.

Harshad se sacudía de manera violenta, tosiendo y convulsionándose, como si el incienso fuera corrosivo. Los gritos de indignación aumentaban tanto en volumen como las expresiones en sonoridad.

—¿Kiran? —repitió Lyra.

—¿Qué?

—¿Lo tienes?

—Sí, lo tengo —respondió él, volviendo en sí y haciéndose cargo de la situación—. Llévate a ese idiota y nos encontramos después.

Lyra levantó al mago retorciéndole la muñeca y le obligó a caminar calle abajo. La gente le increpaba salvajemente, pero se hacía a un lado sin oponer resistencia.

—¿Sabes que me podría escapar si quisiera?

El tono socarrón la llevó a pensar que estaba disfrutando de la escena que había montado.

—Inténtalo. A ver cuán entretenido puede llegar a ser el día.

La casa cuartel del gremio de mercenarios era un edificio alejado del estilo palaciego que dominaba la arquitectura de la Ciudad Alta. En su fundación, casi un siglo antes, se había optado por importar los estilos del norte, aunque usando materiales propios de la región. Un gran edificio rectangular, de ladrillo cocido y mortero, muy sólido, con establos en el patio interior y varios barracones a los lados. Había un pequeño calabozo en los niveles subterráneos donde los detenidos aguardaban el procesamiento, aunque no durante mucho tiempo. La justicia en Mercuria se impartía de manera rápida, sobre todo en asuntos de delincuencia común, tan habituales en la Ciudad Baja y más allá de las murallas.

El paseo por el patio interior hasta el calabozo se asemejó a un desfile, con la mayoría de los reclutas mirando sin ningún tipo de sonrojo. No era habitual ver a magos en el cuartel, y quizá era la primera vez que escoltaban a uno hasta el calabozo. Descendieron por las escaleras y avanzaron por el estrecho pasillo hasta la habitación que hacía de celda. Lyra sentó al mago en una silla de madera y salió.

—Ten cuidado con este —le indicó al centinela que estaba de guardia—. Es taumaturgo, pero tiene el carácter de un cocodrilo.

El centinela afirmó con la cabeza y se aseguró de que la puerta quedara cerrada con llave antes de volver a su puesto.

Lyra subió hasta el patio donde unos novatos estaban practicando técnicas de combate sin armas. Agarró un botijo y bebió profusamente antes de salpicarse unas gotas por la cara y el cuello. El día había amanecido caluroso, y aunque no era ni media mañana todavía, sabía que la noche sería un infierno. A pesar de todo, se resistía a quitarse el peto. La situación en el zoco podría haber tomado rápidamente un cariz muy distinto si el mago hubiera lanzado una daga al vendedor en vez de una bolsa de incienso. Habían pasado años desde el último tumulto grave en la Ciudad Alta y no quería bajo ningún concepto tener que lidiar con otro. Bastante tenían con las patrullas nocturnas de la Ciudad Baja.

A pesar de sus palabras jactanciosas, el mago se había dejado conducir sin oponer resistencia alguna. Por suerte, el cuartel gene-

ral estaba a unas pocas manzanas y habían podido llegar antes de que se causara demasiada conmoción. No recordaba la última vez que había tenido que detener a un florestiano, pero no le había hecho mucha gracia. Podía oler los problemas que la decisión les iba a acarrear.

El portón del cuartel se abrió y vio a Kiran traspasar el umbral. Le hizo un gesto con la mano y se acercó a él.

—He mandado a un par que estaban de guardia para que te ayudaran. ¿Qué ha pasado en cuanto me he ido?

—Nada. Había varios miembros del Sindicato entre la gente que observaban todo con mucho detalle y presionaron cuando al idiota ese se le ocurrió montar la escena. Pero cuando te lo has llevado, todo ha vuelto a la normalidad rápidamente. El grupo se ha disuelto y cada uno ha vuelto a su puesto.

—¿Y Harshad?

—Harshad sigue quejándose y haciendo todo tipo de aspavientos, como si el incienso fuera tóxico. No creo que entienda, el muy estúpido, que no está haciendo lo más indicado para fortalecer su defensa ante el tribunal.

—Veremos si llega a eso. Tampoco ha hecho mucho, pero después de lo que ha pasado no podemos soltarlo como si nada. ¿Crees que los taumaturgos se van a enfadar?

—Es posible.

—¿Nos van a hacer una visita? ¿Va a tener el comandante que hablar con ellos?

—Esperemos que no. Pero para eso lo mejor es interrogarle y ver si podemos averiguar por qué ha tenido esa reacción. Vamos.

—Espera, Kiran. —El mercenario se dio la vuelta, extrañado—. Creo que va a ser mejor que vaya yo sola. Si está con la embajada, lo más probable es que tenga inmunidad diplomática. Quiero averiguar quién es y qué hace aquí antes de decidir qué hacemos con él.

Kiran parecía que iba a protestar, pero la intensa mirada de Lyra hizo que se lo replanteara.

—Muy bien, pero toma precauciones.

—Es un mago fuera de su elemento. No es peligroso.

—Hasta que lo es. Voy a hablar con el comandante para ponerle al día de lo que ha sucedido.

—Tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

—Es posible, pero este puede que no sea un tema menor como parece a simple vista. Ve con pies de plomo ahí abajo.

Kiran se dio la vuelta y se encaminó a las oficinas del comandante. Lyra lo miró hasta que desapareció dentro del edificio. Acto seguido, volvió sus pasos hacia el calabozo.

El mago no se había movido un centímetro desde que lo había dejado. Después de haber montado tanto escándalo en el Gran Bazar parecía como si se hubiera desfogado por completo. Volvía a presentar el aspecto seráfico que ella asociaba con los florestianos. Se sentó al otro lado de la mesa, se desabrochó el cinturón con las dagas y lo dejó a un lado, de manera que él no lo pudiera ver, pero que en caso de necesidad no tardara ni medio segundo en recurrir a él.

—Vamos a empezar de nuevo. Soy Lyra, sargento del gremio de mercenarios. Tengo un contrato de adhesión con Prabhás, príncipe mercader en la corte de Mercuria. Entre mis muchas tareas se incluye patrullar por el Gran Bazar algunas mañanas; depende de un sistema de reparto de turnos que solo los albaceas del comandante parecen entender y el resto hace tiempo que hemos renunciado a hacerlo.

—Hola, Lyra.

—Hola...

Esperó a que el mago terminara de introducirse, pero en vez de salir en su ayuda, la miró de manera inexpresiva. Lyra respiró hondo e hizo acopio de paciencia.

—¿Cómo te...

—Niall —respondió él cortándole y con una sonrisa socarrona—. Podrías haberlo preguntado antes.

Iba a ser uno de los duros.

—Sí, podría. Bueno, Niall. ¿Qué te ha traído a Mercuria?

—Me temo que no te lo puedo decir.

—¿Por qué no?

—Porque es información reservada y tú no cumples con los requisitos.

Su displicencia parecía confirmar sus sospechas, pero tenía que estar segura.

—¿Trabajas para la embajada?

—¿Qué embajada? En esta ciudad hay muchas.

—Florestia, evidentemente.

Se vanagloriaba de tener más paciencia que Kiran, pero el mago la estaba exasperando poco a poco.

—No te lo puedo decir. Información reservada.

—¿Qué me puedes decir entonces?

—Que me llamo Niall, que tengo veinticinco años y que ayer fui a comprar una bolsa de incienso de fresno. Muy difícil de encontrar por aquí y de vital importancia para mis ejercicios de alquimia. Después de horas dando vueltas por el zoco, parece que lo encuentro en el puesto de un humilde vendedor que me engatusa con la habitual facundia de estas gentes. Pero me cae bien, me hace gracia y como me repugna regatear, una costumbre que considero barbárica, le pago todo lo que me pide, aunque tengo claro que es un completo abuso. Veintisiete coronas. Y no es hasta que llego a mi laboratorio que descubro que es una basura que no vale ni tres.

—Confrontarlo directamente quizá no haya sido la mejor opción. Si hubieras preguntado un poco por ahí, habrías descubierto que Harshad no tiene la mejor reputación.

—¿Y qué tiene que ver eso para que me devuelva el dinero? Me ha intentado estafar, vale. Pero le he pillado, y ahora quiero que me lo devuelva.

—Le has pillado mucho más tarde. Si hubieras identificado el incienso como defectuoso en el momento de la compra, no habrías tenido este problema.

—Quizá no. Pero venía en una bolsa cerrada y de donde yo vengo los comerciantes son gente honesta, no como en esta cueva de ladrones.

Lyra guardó silencio. No le interesaba tener al prisionero excitado. Estaba casi segura de que formaba parte del personal de la embajada, y eso podía provocar algún roce con la orden en un momento algo complicado. Sabía que el comandante no necesitaba otro flanco abierto.

—Bueno, Niall —dijo mientras se levantaba—. Me marcho. Si necesitas algo, pregúntale al centinela y veremos si podemos hacértelo llegar. Tienes agua en la esquina y un camastro por si quieres tenderte.

—¿Cuánto tiempo vais a mantenerme aquí?

—El que necesitemos para investigar a fondo lo que ha sucedido y dirimir responsabilidades.

—Ya os he dicho lo que ha pasado. No hay nada que...

Lyra cerró la puerta con satisfacción y subió de nuevo al patio. Kiran la esperaba en las escaleras.

—No pensaba verte por aquí tan pronto. ¿Ya has hablado con el comandante?

—Sí.

—¿Y?

—No está preocupado. Un aprendiz nervioso con ganas de bronca, piensa. La idea es tenerlo un par de días aquí para que se calme y devolvérselo a quien venga a por él.

—Creo que trabaja para la embajada. Quizá no es un aprendiz.

—Quizá, pero ya no es responsabilidad nuestra. Ven, vamos a comer algo y a descansar un rato. Nos ha caído una buena para esta noche.

—¿El qué?

—Tenemos trabajo en los Meandros de la Ciudad Baja. Ni juegas ni leches para ti ni para mí. Estarás contenta.

Lyra habría querido hacer caso omiso de la pulla, pero no pudo evitar una mueca de fastidio.

El límite entre la Ciudad Alta y la Ciudad Baja era tan evidente que nadie podía engañarse al respecto. La primera muralla, construida mucho antes de que la ciudad se convirtiera en la gran urbe del comercio que era entonces, había quedado completamente superada por la magnificencia de la actual, que recorría el contorno de la ciudad donde las faldas de la montaña se unían a la llanura. Pero la primera, de piedra y arcilla, seguía incólume, y aunque se habían habilitado muchos pasos más allá de las ocho puertas de las

que disponía en un principio, ejercía de separación jerárquica entre los notables de la ciudad. Todos los príncipes mercader se encontraban dentro de los dominios de la Ciudad Alta, así como todos los edificios de la administración local o los lugares de negocio, pero muchos de los trabajadores de las instituciones de la ciudad no podían permitirse vivir cerca de sus puestos de trabajo. Así que la Ciudad Baja tenía su propia estratificación interna, pero no obedecía a cuestiones geográficas tan rotundas como una muralla de separación. Distritos respetables se juntaban con otros donde abundaba la delincuencia organizada y donde el gremio de mercenarios había optado por rendir el poder a las bandas para mantener la paz. Había un pacto tácito de no agresión, y mientras mantuvieran sus luchas intestinas alejadas de los intereses de los príncipes mercader y de la gente común, el gremio miraba para otro lado.

Durante los primeros años de su instrucción, Lyra había expresado de manera vehemente su oposición a una política tan cínica, pero conforme había ascendido en el escalafón de la organización se había dado de bruces con la complejidad de la situación. Había mala sangre entre los habitantes de ciertos distritos con el gremio, muchas veces por hechos acaecidos décadas atrás, que habían formado estructuras de rencor que sobrevivían de padres a hijos. Aunque el gremio disfrutara de un estatus especial dentro de la ciudad, la realidad era que sus integrantes establecían contratos de manera casi exclusiva con los príncipes mercader, los únicos capaces de hacer frente a sus tarifas, y eso se traducía en el establecimiento de órdenes de prioridad. Los intereses comerciales iban primero.

Con el paso de los años, las patrullas por la Ciudad Baja se habían concentrado más y más en los distritos más respetables, y solo se entraba de manera excepcional en cloacas como los Meandros. Se necesitaba una razón de peso, y en opinión de Kiran, la de aquella noche no lo era.

—¿Te parece poco un asesinato? —preguntó Lyra enarcando una ceja.

—Depende de la identidad del asesinado. En este caso, sí.

Ese tipo de comentarios ya no le hacían mella como antaño. Quizá se estaba acostumbrando a la realidad de las cosas, o quizá había aprendido a convivir con el cinismo de Kiran.

—¿Quién era? ¿Lo sabemos?

—No. Pero si fuera alguien de los que importan de verdad —dijo señalando a la Ciudad Alta—, seguro que nos habríamos enterado.

—¿Entonces? ¿Por qué vamos?

—Alguien se lo ha pedido a Prabhás.

—¿Y sabemos quién?

—No, tampoco.

Era ciertamente extraño. Lyra no solía prodigarse en las entrevistas rutinarias que solían mantener con Prabhás, pero el rico mercader valoraba mucho la profesionalidad de su unidad gremial, su efectividad y, quería pensar también, su vida. Tanto secretismo en una incursión semejante no le daba buena espina.

Iban acompañados por cinco de las tropas regulares del gremio y tres reclutas. Todos bien pertrechados con la armadura reglamentaria y las armas a punto. Incluido Kiran, que si bien se tomaba sus paseos por el Gran Bazar como un entretenimiento, no era tan estúpido como para subestimar lo que pudiera pasar en los Meandros. En aquella parte de la ciudad las calles eran un auténtico laberinto, y las casas se apretaban tanto unas a otras que en ocasiones tenían que dividirse en dos grupos para poder pasar. Las contraventanas estaban cerradas a cal y canto, y a pesar de que ya era noche cerrada y no podían ver a nadie, se sentían observados. Unos perros callejeros se pusieron a ladrar no muy lejos, pero aparte de eso, el silencio era total.

—¿Dónde está el cuerpo exactamente?

—Un poco más adelante —respondió Kiran—. Al final de un callejón.

Llegaron a una encrucijada. Las calles no estaban adoquinadas y los desperdicios de las casas aledañas se habían amontonado en las esquinas, provocando un hedor insoportable después del calor de todo el día. La patrulla se detuvo, esperando órdenes.

—Es aquí a la derecha, creo.

Kiran llevaba veinte años recorriendo las calles de Mercuria, y aunque, como todos los demás, no acostumbraba a entrar en esa

parte de la Ciudad Baja, tenía una capacidad de orientación envidiable. El callejón se extendía casi medio centenar de metros hasta acabar en una pequeña plazoleta con varias casas derruidas. La oscuridad era impenetrable, y las antorchas que portaban parecían hacer poco efecto en ella. A Lyra se le erizó el vello de la nuca, y tuvo que respirar hondo para controlar las ansias de volverse por donde habían venido. Miró a los reclutas. A pesar de su juventud no parecían amilanados, más bien al contrario. Sonrió, recordando su propio aprendizaje, y dio un paso adelante.

—¿Qué buscamos? —preguntó a Kiran.

—Un cadáver.

Iba a quejarse de nuevo por la falta de información cuando sus ojos percibieron, dentro de una de las casas derruidas, una mole en penumbra pegada a la pared. Desenvainó una de las espadas cortas y avanzó con cautela. Kiran dio órdenes a los reclutas para que aseguraran la plazoleta y que el resto los siguiera dentro de lo que tenía que haber sido un salón hacía décadas.

El suelo de tablones estaba completamente carcomido y se hundía bajo su peso. El mobiliario desvencijado parecía haber sido testigo de algún tipo de lucha, pero a la luz de las antorchas era complicado decir si habían sucumbido por el paso del tiempo o se habían roto de manera más reciente. La mole negra en la pared era de lo más antinatural y ejercía sobre ella una atracción malsana, una curiosidad que iba más allá de los gajes del oficio.

—¿Qué es eso? —escuchó murmurar entre dientes a Kiran.

Se acercó y la examinó de cerca. La figura parecía contorsionada, retorcida, adherida a la pared ennegrecida de manera antinatural, pero estaba bastante segura de que alguna vez, quizá no hacía mucho tiempo, había sido un hombre. Tenía un colgante de oro incrustado en la parte alta del tórax, parcialmente derretido. No le hizo falta mirarlo dos veces para reconocerlo.

—Es Narenda.

El líder de los Rompecuellos, una de las bandas más violentas de los bajos fondos de Mercuria. El gremio había tenido fuertes encontronazos con ellos, también en la Ciudad Alta, y Lyra habría reconocido su insignia en cualquier parte, incluso hincada en la carne de su

último capo. La cara estaba desfigurada por una mueca de angustia y se le había quemado todo el pelo, pero no albergaba duda alguna.

—¿Qué coño le ha pasado?

En otra circunstancia se habría alegrado de la defunción de un individuo de la calaña de Narendra, pero la manera en que lo habían encontrado era muy preocupante.

—Alguien se ha hartado —dijo Lyra.

—¿Y le ha prendido fuego?

—Sí, pero no es tan sencillo. Fíjate, sus pies no tocan el suelo. Y está prácticamente soldado a la pared.

Lyra bajó la antorcha al entablado, tratando de encontrar alguna pista que le pudiera dar una visión más completa. A unos cinco metros enfrente de la pared, los tablones también parecían chamuscados.

—¿Magia? —preguntó Kiran.

—Piromancia. Lo más probable.

—Pero es ilegal.

—No creo que alguien dispuesto a tratar con Narendra tenga miramientos con estas minucias.

—Aun así, debe tenerlos con la orden de taumaturgos. Creo que no toleran este tipo de cosas.

—Supongo que no. Sin embargo, este ahora es nuestro problema.

—Sí. ¿Qué hacemos?

Lyra no pudo evitar esbozar una sonrisa. Técnicamente, Kiran era su superior. Era él el que tenía que dar las órdenes.

—El comandante y Prabhás tienen que ser informados de inmediato. Tenemos a un piromante suelto por la ciudad, y uno muy poderoso a tenor de lo que le ha hecho a este desgraciado. Pero eso no es lo peor. Con Narendra fuera de juego, se crea un vacío de poder que puede llevar a una guerra entre bandas que quieran hacerse con el territorio de los Rompecuellos.

Kiran iba a dejar escapar una blasfemia cuando un grito de terror proveniente de afuera le interrumpió. Desenfundó la espada y salió como una exhalación. Lyra se apresuró a hacer lo propio.

En la plazoleta, uno de los reclutas ya había caído al suelo con un tajo enorme en el cuello. Intentaba taponar la herida con la

mano, pero no tenía buen aspecto. Sus compañeros trataban de protegerlo frente a dos hombres espigados, armados con espadas cortas, que se movían ágiles entre los espacios estrechos del callejón. Kiran se lanzó hacia ellos sin pensarlo, y el resto de la patrulla le siguió gritando y enarbolando las armas. Lyra se detuvo a la entrada de la casa derruida, temiéndose lo peor. Miró hacia arriba y, antes de que pudiera gritar un aviso, un pelotón de asaltantes, encastrado a los tejados y las ventanas de las casas de la plazoleta, saltó sobre ellos con intenciones asesinas.

La patrulla fue rodeada al instante y Lyra quedó aislada del resto. Uno de los asaltantes la atacó con fiereza y tuvo que retirarse de nuevo al interior. Iba vestido con ropas negras, pero llevaba la cara al descubierto, lo que le permitió ver los tatuajes marca habitual de los Rompecuellos.

No lo pensó mucho. Esperó a que se abalanzara sobre ella y aprovechó el momento para lanzarle la antorcha a la cara con todas sus fuerzas. La tea le dio de lleno, y antes de que pudiera dejar escapar un grito de dolor, la hoja de Lyra le atravesó la garganta. Sin contemplaciones, retorció la espada y la sacó de un solo tirón. Empujó el cuerpo a un lado y salió afuera.

Kiran había conseguido mantener a raya a tres de los atacantes, pero el resto de la patrulla tenía más dificultades. El teniente daba órdenes para proteger al recluta herido en el centro, pero la presión era tan alta que no iban a aguantar mucho más. Por si las cosas no parecían estar suficientemente al límite, la emboscada empezó a recibir refuerzos por el callejón. Lyra atacó a dos por la espalda y, con una finta experta, se puso al lado de Kiran.

—¡Tenemos que meternos en la casa! —gritó por encima del tumulto.

Kiran levantó la cabeza y vio a los refuerzos entrando en la plaza. No tenían más opción. Blandió la espada con fuerza y le abrió un tajo profundo a uno de los asaltantes en el hombro, obligándole a soltar la suya.

—Yo me encargo del recluta. Protege la retirada.

Cambiaron de sitio y el teniente se agachó para cargar con el joven que, contra todo pronóstico, seguía vivo. Aprovechando el

hueco que había abierto Lyra con su ataque sorpresa, la patrulla se retiró de manera ordenada a la casa.

—Deprisa. Arriba.

Subieron por las escaleras y, justo cuando Lyra llegó al piso superior, tiraron un armario escaleras abajo.

—Eso no nos va a hacer ganar mucho tiempo —explicó ella.

—No. Necesitamos una salida ya.

Kiran miraba nervioso alrededor, pero todas las ventanas daban a la plaza. Lyra se preguntaba cómo había sido tan estúpida, pero apartó estos pensamientos con determinación. Flagelarse en esos momentos no iba a ayudar en nada. Tenía que concentrarse en escapar como fuera. Se habían internado bastante en los Meandros, pero la muralla no quedaba muy lejos en línea recta. Y en la barbacana, un puesto avanzado del gremio. Tenían que llegar de cualquier manera. Se acercó a la pared opuesta a la plaza y extendió la mano. Percibía cómo la brisa se filtraba entre los sillares.

—Ayúdame, Kiran.

El armario que habían tirado por las escaleras había aplastado a uno de los atacantes, pero a pesar de todas las bajas, los Rompecuellos no cejaban en su empeño. Parecían perros rabiosos. Lyra nunca había visto nada parecido. No tenía ningún sentido.

Entre los dos cogieron una mesa y la estrellaron contra la pared. La argamasa reventó y toda la pared tembló. Unos cuantos golpes más y los sillares empezaron a desgajarse y caer al otro lado. A la calle.

—¡Tenemos que saltar!

—No podemos —le respondió Kiran, señalando al recluta en el suelo.

Los atacantes ya habían superado el armario de las escaleras y estaban luchando con la patrulla en los últimos peldaños. Al ser un espacio tan estrecho, podían contenerlos, pero no por mucho tiempo.

Lyra se agachó para comprobar el estado del joven, que seguía con la mano presionada contra la herida del cuello, aunque sus ojos se habían vuelto ya vidriosos. Los cerró, sin mucha ceremonia, antes de volverse hacia Kiran.

—Está muerto —anunció mientras evaluaba la refriega en las escaleras—. Y nosotros pronto lo estaremos si no saltamos.

Kiran parecía conmocionado, pero no le duró mucho. Asintió y dio órdenes a los demás para que se retiraran mientras él se ocupaba de proteger la retaguardia en las escaleras. Lyra fue la primera en descolgarse por la cornisa. La calle en la que aterrizó era un poco más ancha, pero a pesar del estruendo del combate, o quizá a causa de él, no había ni un alma a la vista. Ningún curioso en los tejados o en las ventanas. Necesitó unos segundos para orientarse. Los mercenarios iban saltando uno detrás de otro.

—Corred a la muralla. Es una orden.

A pesar del tono imperioso de su voz, todos se negaron, resueltos a esperar a su teniente. Tras unos segundos de congoja, la cabeza de Kiran apareció por el boquete de la pared y, un instante después, todo su cuerpo. Realizó una pirueta en el aire y aterrizó rodando por el suelo, amortiguando el golpe de una manera que sorprendió a todos.

—¿Qué hacéis aquí todavía? ¡Vámonos cagando leches!

Los nueve se pusieron a correr con todas sus fuerzas, pero el grupo se desgajó rápidamente y los que no habían resultado heridos en la contienda fueron adquiriendo ventaja en la galopada. Kiran se retrasó para ayudar a uno que había sufrido un corte feo en la pierna y apenas podía apoyarla sin contraer el rostro con un gesto de dolor. Lyra echó la mirada atrás justo a tiempo para ver cómo los atacantes se tiraban por el boquete sin ningún tipo de reparo por su integridad física. Uno de ellos se resbaló y se rompió el cuello con un sonido seco, pero no detuvo el ánimo de los demás.

Las calles eran un laberinto, y si no hubiera sido por las precisas instrucciones de Kiran, Lyra sabía en lo más hondo de su ser que se habría perdido sin remedio y que la habrían acorralado como a un perro en cualquiera de esos callejones miserables. Tras unos breves minutos que se le hicieron eternos, doblaron una esquina y vieron a lo lejos la fortificación del gremio. Uno de los reclutas que se había adelantado había dado la voz de alarma y varios mercenarios que se encontraban de guardia estaban saliendo a la calle en esos momentos, pertrechándose sobre la marcha.

—Ya casi estamos —exclamó Lyra con ánimo triunfal.

En los últimos metros, en el descampado frente a la muralla antigua, los Rompecuellos les dieron alcance. No les quedó más remedio que detenerse y luchar. Apenas eran cuatro contra lo que parecía un torrente de asesinos resueltos.

—No puede ser. Estamos ya fuera de los Meandros, casi en la Ciudad Alta. ¿Qué les ha poseído a estos cabrones? —dijo Lyra.

Kiran no respondió. Estaba agotado y trataba de reservar las fuerzas. Lyra se empleaba a fondo, desviando las estocadas enemigas con precisión, pero incapaz de contraatacar con eficacia. Oía los gritos de sus compañeros a sus espaldas. Solo tenía que aguantar. Unos pocos segundos. Un minuto, a lo sumo.

De repente, uno de los atacantes se abalanzó sobre ella con tanto ímpetu que la derribó al suelo. Levantó el hacha para propinar el golpe mortal y Lyra pensó que todo se había terminado. Pero la espada de Kiran ondeó en el aire en una parábola y le cortó la mano de cuajo, haciendo que el arma se clavara en el suelo de arena al caer. Saltó sobre el cuerpo caído de Lyra y le pegó una patada en el pecho al bandido, que miraba el muñón de reciente creación, del que manaba un reguero de sangre a presión, con una mirada de extrañeza. Kiran avanzó, determinado a acabar con él. Lyra se incorporó, levantando del suelo la espada, pero antes de que se pudiera erguir del todo para ayudarle, el atacante explotó. Sintió una intensa ola de calor antes de que todo se volviera negro.